THE HORUS HERESY®

RIVEN

John French



AN IRON HANDS SHORT STORY



LA HEREJÍA DE HORUS

HENDIDO

JOHN FRENCH

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Manos de Hierro

CRIUS	Señor de los Karodan de los Manos de Hierro
ATHANATOS	Hermano de los Manos de Hierro
PHIDEAS	Capitán de la *Tetis* de los Manos de Hierro

La Legión de los Puños Imperiales

SIGISMUND	Capitán de la 1ª compañía de los Puños Imperiales
BOREAS	Hermano de la 1ª compañía de los Puños Imperiales

Personajes Imperiales de los Puños Imperiales

CASTERRA	Capitán de la nave *Juramento* de los Puños Imperiales

HENDIDO DE JOHN FRENCH NOVIEMBRE 2013

No son los muertos de los que me compadezco, sino de los vivos. Aquellos abandonados en el umbral del fin son los que cargan con el peso de la muerte. Ellos son los que tienen que aprender a vivir sabiendo que nada podrá ser como fue.

Del *Lamento por el Fénix*, atribuido al primarca Fulgrim, 831.M30

—¿Cuándo lo liberamos?

Aquella voz fue la primera que Crius escuchó desde que había despertado en la prisión de su servoarmadura. Era baja y profunda, como el oleaje del mar contra un acantilado. El sistema de voz de su casco se reactivó con un estallido de estática. La oscuridad continuaba presionando contra sus ojos.

—Cuando sobrepasemos los límites de la luz del sol, Boreas —dijo una segunda voz, un poco más lejana.

—¿Está despierto ahí dentro? —preguntó la primera voz, la del llamado Boreas.

—Quizá.

Pequeñas descargas de electricidad recorrieron la médula espinal de Crius. Estaban proporcionando energía a los sistemas de su servoarmadura: suficiente para devolverle la conciencia y los sentidos, pero no para permitirle moverse. Esa era la intención, por supuesto. En aquel estado su servoarmadura era una prisión tanto como podía serlo cualquier celda, con las fibras de los músculos artificiales paralizadas, sus servos bloqueados.

No es Khangba Marwu, pensó, y en un instante los meses de silencio en el gran presidio de Terra quedaron en un segundo plano. *Ya no estoy encadenado bajo la montaña.* Notaba cómo su armadura comenzaba a vibrar contra su piel, despacio y acompasadamente, como atravesada por un pulso eléctrico. *Estoy en una nave*, concluyó.
Había pasado la mayor parte de su vida en naves, viajando entre guerras a lo largo de las estrellas dispersas, y la sensación de los motores de una nave bajo sus pies le era tan familiar como el latido de sus corazones. Al menos lo había sido hasta que había regresado a Terra, antes de que Crius, lord de los Kadoran y veterano de casi

dos siglos de guerra, se hubiera convertido en un legionario de los Manos de Hierro en la Hueste Cruzada.

Antes de que se hubieran olvidado de él.

La luz alcanzó sus ojos. Cifras de un azul hielo se desplazaron bajo su mirada. Intentó concentrarse en la cascada de datos que se desplazaba, pero descubrió que no era capaz de hacerlo. Las conexiones entre su carne y las prótesis cibernéticas escocían: el emisor de interferencias que habían empleado los custodios para reducirlo había cortocircuitado algunas de las conexiones.

Comenzó a inventariar los datos de la situación en la que se encontraba. No tenía armas más allá de su propio cuerpo. Normalmente aquello no sería el peor de los escenarios, pero no tenía control sobre su servoarmadura, y parecía que el suministro de energía era mínimo. Sus partes artificiales funcionaban muy por debajo de los parámetros óptimos. Incluso si pudiese controlar su servoarmadura, su efectividad en combate estaría en un cincuenta y nueve por cierto de su capacidad; eso, claro, basándose en la suposición de que no hubiera ningún otro medio que lo estuviera reteniendo.

Y sin olvidar que ya eras demasiado viejo para el frente antes de que te enviaran a Terra, dijo una voz entre sus pensamientos.*No olvides ese factor*.
Y, por último, estaba la cuestión de a qué enemigos tendría que enfrentarse. Rememoró las voces que había oído, analizando mentalmente el tono y el timbre. No localizó marcas sonoras de custodios, pero el rango vocal estaba fuera de la media humana normal: el sonido era más profundo, con una textura nacida de músculos y estructuras biológicas de las que los mortales carecían. La conclusión que se formó en su mente tenía una probabilidad muy baja de error: marines espaciales.

Tenía nuevo carceleros, ¿pero por qué?

Irrelevante. El hecho de que fueran marines espaciales era suficiente para sesgar las probabilidades del resultado de un enfrentamiento. *Incluso si pudiera moverme muy probablemente sería derrotado*, pensó.
El odio lo invadió: odio contra aquellos que habían traicionado al Emperador, odio contra aquellos que lo habían encarcelado, pero sobre todo odio contra sí mismo por su propia debilidad. No debería haber sido tan débil como para que su única utilidad fuera ser una figura decorativa; no debería haber permitido que lo

aprisionaran; debería haber estado con el resto de su clan y de su legión cuando cayeron sobre el traidor Horus. Debería…

Cortó aquella cadena de pensamientos, conteniéndolos, dejando que su calor lo inundase pero que no entorpeciera su lógica.

—La verdad del hierro me guía —murmuró para sí mismo.

Algo arañó el exterior de su casco. Se quedó paralizado, con los músculos tensos y preparados. Gases a presión silbaron alrededor de su cuello. Los cierres se abrieron con un ruido sordo y su casco se alzó. Sus ojos filtraron la luz que les llegó y su vista se enturbió por unos instantes antes de aclararse.

Una amplia cara lo miraba. Una piel morena y marcada de cicatrices cubría unas facciones planas y de gruesos músculos; era la cara de uno de los mejores del Emperador, la cara de un marine espacial. Una estrecha tira de pelo corto recorría el centro del cráneo del guerrero, y un par de ojos oscuros se concentraban en los de Crius sin pestañear. Crius devolvió la mirada, sus lentes índigo incrustadas en una cara dividida entre la carne escarificada y la ceramita cromada.

Se encontró sentado en un trono en el centro de una plataforma escalonada de piedra. Una cadenas le recorrían en cuerpo, enganchadas a los grilletes de sus muñecas y fijadas a unas argollas en el suelo. Las paredes de la sala eran negras, suaves y moteadas de cristales que brillaban a la luz de unas esferas luminosas. Los estandartes colgados mostraban en sus telas oro, negro y escarlata agujeros de bala y quemaduras. El techo abovedado era un mosaico de teselas blancas y negras que formaban el emblema de un puño cerrado.

El marine espacial que había retirado el casco de Crius lucía una servoarmadura amarilla con una insignia cruciforme negra sobre blanco en la hombrera. Su inmovilidad le recordaba a Crius la de una estatua funeraria que guardase la tumba de un muerto al que honrara.

Puños Imperiales, pensó. *Los pretorianos de Terra. Por supuesto.*
El legionario de los Puños Imperiales dio un paso atrás, y Crius vio una segunda figura en pie tras él, mirándolo en silencio, su servoarmadura cubierta por un tabardo blanco cruzado de negro. Su mano reposaba en el pomo de una espada envainada. La figura clavó su mirada en los fríos ojos de color zafiro de Crius, quien se mantuvo impertérrito.

—¿Su armadura, mi señor? ¿Debo activarla?

Boreas, pensó Crius. Así era como la otra voz lo había llamado.
—Yo no haría eso —dijo alzando la vista hasta Boreas, en quién pareció percibir la sombra de un ceño fruncido—. Y si fuera tú, tampoco quitaría las cadenas.

—¿Qué?

—Si lo haces —continuó Crius con calma— os mataré a ambos.

Boreas miró un momento a su silencioso camarada entes de volver a dirigirse a Crius.

—¿Sabes…?

—Sí, sé quién es —gruñó Crius.

—No quería creer que fueras un traidor, mano de hierro —dijo el segundo legionario de los Puños Imperiales.

—Traición… —Crius pronunció la palabra lentamente—. Dime, ¿si te hubieran enterrado bajo una montaña, encadenado junto a aquellos con la sangre de auténticos traidores, entonces qué pensamientos te habrían asaltado en la oscuridad? ¿Qué desearías para los que te aprisionaron allí? —los anillos de enfoque de sus ojos zumbaron—. Si Sigismund, primer capitán de los Puños Imperiales, fuera quien estuviese sentado aquí en mi lugar, ¿qué estaría pensando *él*?
Sigismund entrecerró los ojos.

—Estaría pensando cómo podría mejor servir al Imperio.

—¿De verdad? —preguntó Crius con una mueca desdeñosa.

Sigismund continuó como si no hubiera oído aquello.

—Ahora que hemos abandonado los límites del Sistema Solar, te transmitiré las órdenes de lord Dorn.

Crius negó despacio con la cabeza, sin apartar su mirada de la de Sigismund.

—Mi espada está al servicio de *mi* primarca y a las órdenes del Emperador. Tú no eres ninguno de ellos, y tampoco lo es Rogal Dorn.

Boreas se avanzó sobre él, la ira quebrando sus pétreas facciones. Su mano ya estaba convertida en un puño.

—¿Cómo te atreves…?

Rápido, registró Crius. *Muy rápido.*
Pero Sigismund se movió aún más deprisa y puso su mano sobre el hombro de Boreas.

—Paz, Boreas —dijo el señor de los Templarios.

Boreas miró a su comandante y su mirada le recordó algo que ambos sabían.

Crius abrió la boca para decir algo, pero Sigismund habló primero.

—Ferrus Manus está muerto.

Crius oyó las palabras. Notó cómo su cerebro las procesaba. Sintió cómo su significado se extendía por todo su ser. Sintió… nada.

Aquel instante se prolongó y aún no había nada. No podía sentir su servoarmadura pegada a la piel, ni el escozor de los ojos artificiales cortocircuitados, ni el pulso de la sangre en sus músculos. Sólo había una avalancha de silencio y una sensación de caída, como si un agujero se hubiera abierto en el universo y se lo hubiera tragado. Estaba cayendo, y sólo había vacío arriba y abajo.

Ferrus Manus está muerto.
Las palabras se repetían en su mente. En algún lugar en su memoria, una cara adusta lo miró seriamente.

¿Y quién eres tú?
Soy Crius, primer vexilla de la X Legión, había dicho tras aclararse la garganta seca. *Soy vuestro hijo.*
Sí, lo eres, había contestado Ferrus Manus.
—¿Cómo? —se oyó decir a sí mismo.

Sigismund seguía mirándolo como lo había estado haciendo hasta ese momento, sin rastro alguno de emoción en sus ojos.

—Cayó en el contraataque en Isstvan.

—¿Cuándo?

—No está claro —dijo Boreas.

—*¿Cuándo?* —preguntó de nuevo Crius, notando que mostraba los dientes.
—Han pasado doscientos catorce días desde que recibimos la noticia —dijo Sigismund.

Crius procesó el número. La mitad de su mente lidiaba con el frío dato, mientras la otra mitad aullaba. Los músculos se tensaron en su cuerpo. Su armadura crujió y las cadenas repiquetearon.

Todo ese tiempo lo sabían. Lo sabían, y aun así no han dicho nada hasta ahora.
Exhaló lentamente, luchando por apagar el fuego que parecía consumirlo, recuperando su autocontrol. Los puños imperiales se limitaban a mirarlo.

Ferrus Manus está muerto. No. No, aquello era imposible.
Lo sabían, y aun así no han dicho nada.
Los pensamientos de Crius se tambaleaban sobre el abismo de vacío cada vez más amplio en su mente mientras su boca formaba las palabras

—¿Qué fue del resto del contraataque?

—No lo sabemos, al menos no con certeza —Sigismund parpadeó y por primera vez rompió la línea visual con la mirada de Crius—. La Legión Alfa, los Amos de la Noche, los Guerreros de Hierro y los Portadores de la Palabra están con Horus. Vulkan permanece desaparecido. Corax ha logrado contactar con nosotros e informar de que la Guardia del Cuervo ha sido aniquilada salvo unos poco miles de guerreros que aún tiene con él.

Crius afirmó con la cabeza. Unos minutos antes aquella nueva información lo había dejado aturdido, pero en aquel momento su mente entumecida simplemente la absorbió y la procesó. Notaba un zumbido en los oídos. Tragó y descubrió que su boca era como papel reseco.

Ferrus Manus está muerto.
Debe haber alguna forma de que vuelva. Es la Gorgona, es hierro, no puede morir.
—¿Y mi legión?

—No lo sabemos. Puede que algunos hayan sobrevivido a la masacre. Puede que algunos no alcanzaran el sistema Isstvan. Puede que haya todavía muchos ahí fuera

—Sigismund hizo un pausa y se acercó a él—. Eso es lo que lord Dorn espera de ti: que encuentres a tantos de tus hermanos como puedas.

Ferrus Manus está muerto.
Nos ha fallado. Ha roto el vínculo de hierro. Ha caído y nos ha dejado para que vivamos sin él.
—¿Y después?

—Los traerás de vuelta a Terra.

—¿Para una última defensa? —Crius escuchó el vaciedad en su propia risa—. ¿Unos pocos contra la tormenta que se avecina?

—Sí —dijo Sigismund, y Crius vio algo en los azules ojos del legionario, un reflejo de algo oscuro y vacío, como una sombra en un pozo—. ¿Aceptas tu papel en esto?

Crius apartó la mirada. Sus ojos emitieron una serie de clics mientras estudiaba las cadenas que lo apresaban, cada marca dejada en su forja. El aire sabía a piedra fría, lubricante de armas y blindaje.

Ferrus Manus está muerto.
Volvió a mirar a Sigismund y asintió.

Sigismund desenvainó su espada. Crius reparó en las negras cadenas que rodeaban la muñeca del templario y que vinculaban el arma a su brazo. La energía crepitó sobre la hoja, y por un segundo vio los rayos danzar en las pupilas del puño imperial. Entonces la espada trazó un arco y las cadenas que retenían a Crius cayeron cercenadas.

Boreas tecleó un código en un panel en su muñeca y Crius notó la conexión completa de su espina dorsal a la servoarmadura a medida que el suministro de energía aumentaba. Se puso en pie despacio, tanto los movimientos de su cuerpo como los de la servoarmadura eran rígidos. Miró los grilletes que aún tenía en las muñecas. Boreas se acercó con una llave, pero Crius consideró lo que le parecía haber visto en los ojos de Sigismund. Hizo un gesto a Boreas para que se apartara, dejando que los eslabones de la cadena que todavía colgaban repiquetearan contra su servoarmadura.

—No —dijo antes de devolver la mirada a Sigismund—. Déjalos.

—Como desées —respondió Sigismund con una ligero asentimiento—. Esta nave es la *Juramento*. Te llevará donde necesites. Boreas irá contigo —cerró un puño y se lo llevó al pecho—. Espero que volvamos a vernos, Crius de los Kadoran.
Crius le devolvió el saludo y vio cómo Sigismund le daba la espalda y abandonaba la cámara.

Los datos se desplazaron sobre los ojos de Crius mientras miraba las estrellas, las runas binarias confundiéndose con su pálida luz. A su alrededor la tripulación del puente se movía y susurraba, entregándose rollos de pergamino y pantallas de datos, con los cables de las interfaces neuronales colgando tras sus cabezas. No se había sentado en el trono de mando; después de todo, aquella no era su nave, el mando no era realmente suyo. En lugar de eso permanecía frente a los ventanales del puente, escuchando, mirando, esperando, igual que la docena de veces anteriores.

Aquí estoy, pensó, *esperando a que los muertos me hablen desde la noche*.
Sus ojos cliquearon sin que él lo quisiera, como si parpadeara.

Ferrus Manus está muerto.
Habían pasado meses desde que había escuchado aquellas palabras, y aun así seguían irrumpiendo en sus pensamientos y sus ensueños. Crius se había mantenido despierto desde que dejaran el Sistema Solar, había permanecido en el puente de la*Juramento* cuando habían emergido de la disformidad, escuchando la canción de la nave cuando había atravesado el velo de vuelta del reino de más allá. Había intentado encontrar solaz en el Canto de Hierro y en los Cálculos del Propósito, pero cada vez que buscaba algo de paz ésta parecía eludirlo. Había esperado a que la tormenta en su interior amainara, que el frío proceso de la lógica lo redibujara hasta devolverlo a como era antes, con aquella furia a mano pero con hierro en el corazón. En su lugar, con cada día que pasaba y con cada mes que pasaba había sentido cómo el vacío había seguido creciendo en sus corazones.
No estábamos hechos para esto, pensó. *Lo que necesitábamos para sobrevivir a este pesar fue desechado en nuestra forja*.
La máquina es fuerte, y la lógica puede abrir las puertas de cualquier reino del entendimiento. Las palabras de Ferrus Manus resonaban en las sombras de los distantes recuerdos. *Pero sin las manos y las mentes de los vivos no sirven de nada. Nosotros vivimos para doblegar el hierro a nuestra voluntad, pero el hierro se*

puede romper, las máquinas fallar y la lógica corromperse. La vida es la única verdadera máquina. Córtala demasiado y nos perderemos a nosotros mismos. Recuerda esto, Crius.
Los anillos de los ojos de Crius reenfocaron su mirada, y el recuerdo se difuminó. Oyó cómo a su espalda Boreas se acercó.

—Doce saltos —dijo Crius sin darse la vuelta—. Doce veces en punto muerto en el vacío mientras los astrópatas olisquean el éter en busca del rastro de mis hermanos. Doce ciclos de silencio.

—Debemos tener éxito, sin importar cuánto tardemos. Ese fue nuestro juramento.

Crius asintió pero no respondió. Boreas se acercó, y pudo sentir los ojos del puño imperial sobre él, pero no apartó su mirada de las estrellas.

—Terra debe tener a su disposición todas las espadas posibles para defenderla cuando Horus la alcance —dijo Boreas.

—¿Tan seguro estás de que llegará hasta allí?

—Lord Dorn lo cree así.

—¿Por qué?

—¿Cómo si no podría Horus ganar la guerra?

Crius se encogió de hombros y se giró para encarar a Boreas. Los oscuros ojos de éste le devolvieron la mirada: afilados, inclemente y carentes de emoción.

—¿Estás seguro de que se trata de ganar? —preguntó Crius.

—¿De qué más podría tratarse?

Crius volvió a mirar a las estrellas.

—De olvido —dijo.

Se hizo un silencio prolongado.

Una voz amplificada sonó en el puente.

—Lord Crius.

Crius se giró para ver al capitán de la *Juramento*. Casterra era un hombre viejo, con unos ojos verdes en una cara cicatrizada por el tiempo y los vientos helados de Inwit. Aunque seguía siendo humano, Casterra había servido a los Puños Imperiales en la guerra durante casi diecisiete décadas, y al imperio del Cúmulo de Inwit durante otra década más antes de eso. Fuerte y firme, el viejo capitán era un pilar moldeado para soportar un gran peso.
—Señor —dijo Casterra tras una breve pausa—, los astrópatas tienen algo.

—¿Cuál es la esencia del mensaje? —preguntó Boreas.

Casterra miró de Crius a Boreas y de nuevo al primero.

—La imagen de una montaña —dijo Casterra—. Un gran cráter desciende de su cima hasta sus entrañas. El corazón de la montaña es oscuro, su fuego largo tiempo extinguido. Los astrópatas dicen que el sueño del corazón de la montaña los presiona, que sabe a pedernal y plomo —el hombre hizo una pausa—. La imaginería secundaria es un código metafórico estándar para un sistema en el Cúmulo Arinath.

Crius asintió dándole las gracias y volvió a darle la espalda. Boreas esperó, mirándolo.

—Ignarak —dijo Crius al final—. Es como los nacidos en Medusa lo llaman: el silencio de las montañas que una vez ardieron, y que arderán de nuevo.

—¿Qué significa?

—Es una llamada. Una llamada a reunirse para la guerra.

Bañada por la luz de un sol moribundo, la *Tetis* permanecía en el silencio del vacío. La *Juramento* permanecía a cierta distancia, con sus reactores preparados a la espera de una respuesta de lucha o huida. Crius observaba la negra y vasta masa desde la Storm Eagle con la que cruzaban la distancia entre ambas naves.
La *Tetis* había nacido en los cielos de Marte. Se podía ver la piedra negra y el hierro sin desbastar sobre su blindaje desde los propulsores hasta la proa que asemejaba un mazo. Era como una ciudad-forja dejada a la deriva entre las estrellas, su denso cuerpo habitado por factorías, forjas y almacenes. La última vez que Crius la había

visto era la reina en el centro de una flota de naves más pequeñas, las luces de los transportes alrededor de sus muelles como luciérnagas. Ahora unas heridas enormes marcaban su férrea piel, las quemaduras oscurecían su casco. Sus muelles eran cavernas oscuras. Las fortalezas a lo largo de su eje eran unas crestas ruinosas de arquitecturas rotas. Los cañones, las matrices de sensores y los observatorios miraban a las estrellas junto a cráteres desgarrados. Proyectada sobre los ojos artificiales de Crius, parecía un cadáver flotando en aguas negras.

Está sola, pensó Crius, mientras la acumulación de datos y estadísticas en su mente lo llevaban a conclusiones inciertas. Canceló la imagen y se mantuvo en la oscuridad de sus ojos apagados en lugar de en la penumbra del interior de la Storm Eagle. Pétalos de metal bruñido se habían cerrado sobre las lentes de sus ojos artificiales, y sólo la rutilante cascada de datos irrumpía en la negrura de su mundo. En algún lugar a su izquierda escuchó el roce de la servoarmadura de Boreas contra el arnés magnético. El rumor de los motores resonaba a través de los miembros y la servoarmadura de Crius.

Lo prefería así, prefería el interior de su propia mente. Le recordaba a un tiempo anterior a su conocimiento de la muerte de su padre, cuando el mundo estaba constituido por líneas rectas de lógica y fuerza.

¿Qué le pasa a una legión cuando su primarca muere? Sus pensamientos se perseguían en círculos mientras la Storm Eagle se deslizaba por el vacío en dirección a la *Tetis*. *¿Qué les ocurre a sus hijos sin una mano que los guíe? ¿Qué será de nosotros?*

—Crius.

La voz de Boreas rompió la espiral de sus pensamientos. Abrió los ojos. Descubrió que ya habían llegado a la *Tetis*.

El casco de la Storm Eagle rechinó al posarse, y los motores y otros sistemas parecieron suspirar al entrar en posición de reposo. Boreas estaba en pie, mirando desde arriba a Crius con esa expresión suya de piedra que sólo se resquebrajaba para mostrar ira. La luz brillaba sobre la servoarmadura del templario, reluciendo sobre las alas del águila grabada sobre la coraza amarilla dorada. Una capa negra y roja colgaba de su espalda, y la calavera en la que estaba esculpido el pomo de su espada envainada parecía clavar sus oscuros ojos en Crius.

—¿Estás preparado para esto, Crius?

Por un momento el mano de hierro creyó percibir una sombra de emoción en los oscuros ojos del guerrero tras su pregunta.*¿Lástima?*, se preguntó. *¿Eso es todo lo que queda para nosotros?*
Asintió, desbloqueó su arnés magnético y se puso en pie. Los servos de su pierna traquetearon. Datos de error y dolor recorrieron su cuerpo. Maldijo silenciosamente pero no dejó que aquello se reflejara en su rostro. El mal funcionamiento de sus partes mecanizadas había empeorado desde que dejaran el Sistema Solar, como si el metal añadido a su carne se hiciera eco de las fracturas de su alma. *O rechazara la debilidad que crece en mi interior*, pensó, mientras comprobaba el martillo de energía a su espalda y la pistola bólter fijada a su muslo.
—Estoy listo —dijo al final.

Se giró para encarar la rampa de la Storm Eagle que se abría. Sus ojos se oscurecieron para atenuar el brillo de la luz que entró por la apertura. Su nave de desembarco estaba en mitad de un círculo de luz en lo que por lo demás era una oscura caverna. Giró la cabeza, comprobando aquel espacio resonante que se extendía en la oscuridad en todas direcciones. Naves de asalto cubrían la cubierta, silenciosas y frías, con los cascos dañados. Stormbirds y Thunderhawks entremezcladas con otra docena de tipos. Reconoció los colores de los Salamandras, los Amos de la Noche, la Guardia del Cuervo, regimientos del Ejército Imperial y del Mechanicum, todas apiladas como en la gruta de unos saqueadores. El aire era como el aliento de un horno abierto.

Doce figuras los esperaban. Los ojos de Crius las recorrieron rápidamente, y sobre las arañadas y abrasadas placas negras percibió las marcas de cinco clanes diferentes de los Manos de Hierro. Cada servoarmadura parecía haber sido reparada una y otra vez, aumentando su masa en cada iteración. Crius no reconoció a ninguno de aquellos legionarios, pero había pasado casi una década desde que había viajado a Terra, y las cien mil caras de la legión podrían haber cambiado en tanto tiempo.

—Soy Crius —dijo, y escuchó el eco de su propia voz—. Una vez jefe de los Kadoran, y emisario solar de Ferrus Manus —hizo una pausa y luego un gesto indicando a Boreas—. A mi lado está Boreas, templario de la VII Legión. Vengo con noticias y órdenes de Rogal Dorn, pretoriano de Terra.

Los manos de hierro no contestaron ni se movieron. Crius frunció el ceño.

—¿A quién hablo, hermanos?

—Yo soy Athanatos —contestó una voz mezclada con estática.

La cara del que habló era una calavera de hierro negro con una rejilla perforada en lugar de boca. Una brillante luz azul ardía fríamente en las cuencas de la calavera. Unos cables que partían de la gorguera de su servoarmadura penetraban en su pericráneo. La misma estaba compuesta por una mezcla de patrones y diseños fundidos alrededor de su portador pero sin cohesión entre sí. Crius registró los detalles de los hombros cargados, las armas acopladas y los pistones visibles a través de las placas fracturadas de los brazos y las piernas. Gotas de humedad se condensaban sobre el blindaje mellado, como si lo hubieran rociado de lluvia.

—Conozco tu nombre, Crius de los Kadoran —añadió Athanatos—. Estuve bajo tu mando en Yerronex. Pocos te creían ya entre los vivos.

Crius navegó por los registros de legionarios y las imágenes en su memoria hasta que encontró la cara de un sargento de ojos gris acero. Si no hubiera sido por el nombre, nunca habría pensado que se trataba del mismo guerrero.

—¿De qué clanes-compañías sois? —preguntó.

—De lo que fuimos, nada queda —Athanatos hizo una pausa con la estática resonando en el filo de sus palabras—, hermano.

Crius repasó de nuevo el círculo de manos de hierro.

—¿Y estos que están contigo?

De nuevo le llamó la atención su inmovilidad. Como la de Athanatos, sus servoarmaduras relucían por la humedad. *¿Por qué hace tanto calor?*, se preguntó.
—Los pocos que regresaron de los campos de la masacre —dijo Athanatos—. Ahora todos somos de la *Tetis*.
—¿Estuvisteis en Isstvan V?

El silencio duró unos largos latidos.

—Sí, Crius de los Kadoran. Estuvimos allí —la voz de Athanatos crepitaba a través de la rejilla—. Y en Gagia, y en Sacrissan, y en Agromis.

—Esos lugares me son desconocidos.

—Son lugares de batalla, lugares de venganza y de muerte para los traidores —dijo otro de los manos de hierro que permanecía cerca de Athanatos.

Crius lo miró. Su cara estaba al descubierto y no mostraba marca de implantes, pero el hierro estaba en sus ojos. Entradas de interfaz tachonaban su servoarmadura, y unos cables colgaban de la base de su cráneo como una capucha de serpientes. Tenía los finos labios apretados y las líneas de su frente estaban partidas por los remaches que indicaban su tiempo de servicio.

—Soy Phidias —dijo como respondiendo a una pregunta que Crius iba a hacer—. Soy el comandante y el guardián de la *Tetis* —algo parpadeó en su mirada, quizá una breve llamarada de emoción—. Es bueno ver a otro de nuestros hermanos entre los vivos.
—¿Cuántos de vuestra legión están con vosotros? —preguntó Boreas.

Athanatos giró su cabeza lentamente hasta centrar su mirada en el puño imperial.

—Nuestras fuerzas están frente a ti, hijo de Dorn.

Tan pocos… Crius sintió como si se formase un bloque de plomo en su estómago. La última vez que había visto la *Tetis*transportaba tres mil guerreros. La imagen de cadáveres esparcidos bajo un cielo empapado de fuego llenó su mente antes de que pudiera controlarla. *¿Cuántos se han perdido junto a nuestro padre?*
—Rogal Dorn pide que regreséis a Terra —dijo Crius—. Para luchar junto a nuestras legiones hermanas.

—¿Pide? —preguntó Athanatos.

—¿U ordena? —completó Phidias.

—Las fuerzas de las legiones deben reunirse para defender Terra —respondió Boreas dando un paso al frente; Crius pudo ver cómo las líneas de la cara del templario se endurecían—. Debéis regresar con nosotros, como ha dicho lord Crius.

—Lord Crius… —murmuró Athanatos mientras miraba las cadenas cortadas que colgaban de las muñecas de aquel—. ¿Y de qué es lord?

Boreas iba a replicar, pero Athanatos habló de nuevo.

—Tu fuerza falló hace mucho tiempo, Crius de los Kadoran. No regresaremos contigo. No nos apartaremos de lo que nos espera.

—¿Y qué hay de la señal que enviasteis al vacío? —exigió Boreas—. ¿La convocatoria a la guerra?

—Aquí estamos —dijo Phidias.

—¿Y los demás supervivientes? ¿El resto de la legión?

—No hemos visto a otros de la legión desde la masacre —contestó Athanatos.

—No hasta ahora —murmuró Phidias.

Los detalles cobraron sentido en la mente de Crius, completando el patrón que reducía las posibilidades; dejó escapar un largo suspiro cuando comprendió lo que estaba ocurriendo. Sintió algo como un escalofrío a pesar del calor del ambiente.

—La señal no era una llamada —dijo, y sus palabras hicieron que Boreas dirigiera su mirada hacia él—. Era un cebo.

—Atraemos al enemigo hasta nosotros —asintió Phidias.

—Somos cazadores entre las estrellas —dijo Athanatos—. Nos persiguen como llevan haciéndolo desde que escapamos de Isstvan. Habrán oído nuestra convocatoria. Saben lo suficiente de nosotros como para comprender su significado. Vendrán, y nos enfrentaremos a ellos.

—¿Con un puñado de vosotros? —preguntó Boreas.

—Con todas y cada una de las armas que tengamos —respondió Athanatos.

—Si tuvierais cien veces vuestro número… —Crius negó con la cabeza—. Pereceréis aquí, hermanos.

—Perecer… —repitió Athanatos, dejando que la palabra quedara flotando en el aire recalentado.

—¿Tenéis la esperanza de hacer otra cosa que no sea morir?

Entonces Athanatos rió, un ruido crepitante que retumbó entrecortadamente en el silencio como engranajes en movimiento.

—Hace mucho que ésta no es una guerra de esperanza, hermano. Es una guerra de venganza y exterminio. El primarca se ha ido, la Gran Cruzada ha terminado y pronto el Imperio seguirá sus pasos. Lo único que importa ya es ver a quiénes nos llevamos con nosotros a nuestras tumbas.

Crius escuchó la hoja de Boreas rozar contra la vaina a medida que el templario la desenvainaba. Se giró y sujetó con su mano el pomo de la espada antes de que la liberase completamente y vio los ojos ardientes del legionario de los Puños Imperiales. A su alrededor pudo escuchar el zumbido de alta frecuencia de los anillos de condensación de energía y el sonido de los alimentadores de munición cuando armas volkitas y de proyectiles sólidos se armaron.

—No —le dijo Crius—. Ni tu muerte ni la de ellos tendría sentido.

Boreas le devolvió la mirada, su cara pálida con la furia que ardía en sus ojos. Crius notó el zumbido de los servos de su mano y de la del legionario que competían por mantener la espada en su posición. Lentamente, Crius fue liberando su presa y se dirigió de nuevo a Athanatos.

—Disculpa a nuestro hermano de la VII. Tus palabras… —hizo una pausa, sus ojos zumbaron—. Tus palabras lo han sorprendido.

—Te equivocas al decir que la muerte no tiene sentido —dijo Athanatos—. La muerte es lo único que hay ahora.

¿En qué se han convertido mis hermanos?, se preguntó Crius cuando Athanatos comenzó a alejarse, su servoarmadura crujiendo y siseando. Phidias y el resto de manos de hierro lo siguieron.
—Nos quedaremos con vosotros —dijo Crius; Boreas lo miró, pero no dijo nada—. Por ahora.

—Hablas como si tuvierais elección —se oyó la voz de Athanatos desde la oscuridad en la que se había adentrado.

—Es una locura —espetó Boreas.

Crius no respondió. Boreas y él se encontraban en el puente de la *Tetis*, sobre la plataforma de granito por debajo del trono de mando y por encima de los pasillos

de sistemas de control atestados de servidores. La cámara completa tenía quinientos metros de largo y la mitad de anchura. Los pilares se alzaban hasta una bóveda de cañón a cien metros por encima de la cubierta. Negros braseros de hierro colgaban de largas cadenas, añadiendo la luminosidad rojiza del carbón a la fría luminiscencia azul y verde de los proyectores hololíticos. La silenciosa tripulación permanecía sentada en sus puestos, con las cabezas inclinadas, los cables brotando de los pliegues de sus túnicas de color ceniza hasta conectar con los módulos de maquinaria. Tecnosacerdotes en túnicas de rojo y blanco se movían entre los mecanismos como fantasmas.
El calor impregnaba el aire incluso allí, entre el olor a metal desgastado y carga eléctrica. Para Crius resultaba a la vez familiar e inquietante, como la cara de un amigo sutilmente desfigurada.

Phidias permanecía en el trono por encima de ellos, a sus espaldas. Una maraña de cables colgaban sobre él, conectándolo a los sistemas de la nave. Athanatos y los otros manos de hierro se habían desvanecido después de abandonar el hangar; no los habían vuelto a ver.

Crius miró la pantalla que mostraba el vacío alrededor de la *Tetis*. Era un poliedro de luz azul que giraba suavemente sobre una peana de cristal negro. Los datos y las runas llenaban la proyección holográfica, siguiendo la posición de escombros que flotaban en el vacío con la nave en el centro. La *Juramento* estaba fuera de su alcance y de la vista, oculto en la sombra de un planetoide que flotaba lentamente en las cercanías espaciales. Phidias había pedido a Boreas que ordenara a su nave que se alejase y que permaneciera en silencio, sin importar lo que ocurriese. No hizo falta una amenaza expresa: todos entendieron que si la *Juramento*no obedecía sería destruida. Boreas accedió al fin y dio la orden.
Crius miró al templario. Un aura de contención y furia rodeaban a Boreas, como dos capas de acero, una dura y otra más dúctil, empleadas para forjar una única hoja.

—Todas las fuerzas que tengan desaparecerán aquí, desperdiciadas por resentimiento.

—No tienen intención de morir aquí —contestó Crius después de un largo momento de silencio—. Ese no es el camino de mi legión.

—No son como tú. No son como ningún mano de hierro que yo haya conocido.

Cierto, pensó Crius. *Son como otra legión, o una sombra proyectada por el pasado…*
No les habían permitido abandonar el puente, y en su trayecto desde las cubiertas del hangar no habían visto a ningún otro mano de hierro, sólo servidores y personal de apoyo bajo grises capuchas. Inspiró profundamente, y se preguntó de nuevo por qué haría tanto calor.

—Una nave con un hangar convertido en cementerio de decenas de naves de asalto pero sólo un puñado de guerreros… —dijo Boreas, dejando intencionadamente que las palabras quedaran en suspenso—. Y ahora Athanatos ha desaparecido —miró a Crius con gesto serio—. *Secretos* —añadió en un susurro, continuando la línea de sus sospechas.
—No, *motivos* —respondió Crius, sosteniendo la mirada de Boreas—. Aún son mis hermanos. Incluso si han cambiado. Todavía somos…
…los hijos de un padre muerto. El pensamiento lo asaltó, y noto la ola de vacuidad que se removía en su interior.
—Mirad.

La palabra resonó en los altavoces repartidos por el puente. Crius despejó sus pensamientos a la vez que alzó la cabeza hacia el trono de mando. La voz de Phidias volvió a llenar el aire.

—Ahí vienen.

Crius miró la pantalla hololítica. En el borde de la proyección brotaron unas runas rojas que indicaban naves enemigas. Los nombres empezaron a formarse sobre ellas.

—Hijos de Horus —dijo Boreas—. Ni siquiera se esfuerzan por ocultar su bando.

—Quieren que sepamos quiénes son —dijo Phidias—. Quieren que sepamos quiénes son antes de destruirnos. En eso no han cambiado.

Crius leyó los datos recopilados de las naves enemigas. Las reconoció a todas. Tres de ellas tenían un perfil de lanza, recubiertas de adamantio verde marino y bronce. Habían nacido en las forjas de Armatura y habían sido un regalo de Guilliman a Horus; el señor de los Ultramarines había bautizado sus regalos como *Golpe de lanza*, *Lobo de Chtonia* y *Estrella del amanecer*, y había pocas naves que las igualaran en velocidad y ferocidad.

La cuarta nave, más grande y más roma, tenía una historia que se remontaba a las primeras guerras más allá de la luz del sol de Terra. El Emperador la había llamado *Hija de la muerte*, y aún conservaba su nombre a pesar de su traición.
—Dos mil legionarios —murmuró Crius haciendo un somero cálculo—. Eso si somos afortunados y sus fuerzas no son las óptimas.

—¡Nos disparan! —gritó Boreas.

Crius vio una serie de marcadores que partían de las representaciones de las cuatro naves. Los cúmulos de torpedos se precipitaban sobre ellos.

—Doce segundos para impacto —indicó un tripulante de túnica gris.

—¿Por qué no devuelves el fuego? —gritó Crius.

Phidias no respondió. El ruido de la maquinaria llenaba el puente, la tripulación permanecía absorta en sus tareas, pero las armas de la *Tetis* permanecían en silencio.
—Debes…

Las palabras de Crius fueron devoradas por las primeras detonaciones. Empezaron a sonar alarma tras alarma. El fuego apareció de repente. El hedor de carne abrasada llenó el aire: muchos tripulantes estaban ardiendo en sus puestos, sus gritos perdidos entre el estrépito. Un gas blanco comenzó a llenar el puente.

Phidias no se movió de su trono. Crius se preguntó incluso si sería consciente de lo que estaba ocurriendo frente a él o si su mente conectada a la interfaz de mando sólo veía la oscuridad más allá del casco.

Otra descarga alcanzó la nave. La cubierta se inclinó y por un segundo la gravedad desapareció. Los cuerpos de los mortales volaron por el aire. Los cables se arrancaron de la carne. La sangre se esparció convertida en glóbulos flotantes.

Crius se alzó de la cubierta como los demás, flotando de un lugar a otro. Entonces la gravedad se restableció y se desplomó; reaccionó lo suficiente como para rodar hasta quedar agachado. Boreas estaba a su lado, ya en pie. A su alrededor todo era un caos de humo y llamas.

—Tenemos que encontrar a Athanatos —gritó Crius—. Si Phidias no escucha, él tendrá que hacerlo. Tenemos que retirarnos mientras tengamos la posibilidad.

Boreas miró el desastre a su alrededor y asintió. Sin esperar un segundo más, ambos corrieron hacia la puerta del puente. Tras ellos, las alarmas continuaron gritando.

En el trono de mando Phidias notó la furia con la que se sacudía su nave. La *Tetis* sangraba por las fisuras a lo largo de su casco. Gas, plasma y fluido de maquinaria se derramaban por los nuevos agujeros de su blindaje escarificado. Sintió cada ola de daños como una dolorosa puñalada en lo que le quedaba de carne. Era un pequeño precio que pagar. Una irrelevancia.
En la proyección hololítica frente a él las marcas rojas de las naves enemigas se acercaban deprisa.

—Viramos para encararlas. Toda la energía a los propulsores.

Un segundo después notó cómo la nave comenzaba a obedecer. La tripulación y los adeptos del puente cancelaban las nuevas alarmas según se disparaban. Sabían muy bien que no debían cuestionar la orden.

Va a ser una tremenda tormenta de fuego, pensó. *Quizá la última para nosotros.* Un escalofrío recorrió su servoarmadura. *No, no hemos terminado con esta guerra todavía. Mientras aún tengamos fuerza jamás lo haremos.*
—Objetivos enemigos a treinta segundos de la línea de fuego de nuestras baterías —informó un maltrecho oficial de comunicaciones.

Phidias ni siquiera asintió, podía ver claramente que la distancia que los separaba de las tres naves de los Hijos de Horus se acortaba por momentos.

—Comenzad con los ritos —dijo por encima del ruido del puente—. Despertadlos.

Crius se detuvo a la vista de las puertas, notando una quemazón en la piel, el aliento ahogado en su garganta. Tras él Boreas se detuvo, y sus ojos recorrieron la altura de las puertas hasta que desaparecieron en la oscuridad de arriba. La condensación cubría en adamantio agujereado. El aire era aún más caliente, como si estuvieran junto a una hoguera. Un charco de líquido vaporoso se había formado frente al umbral, y su superficie como un espejo negro la perturbaban sólo los

temblores de la batalla en el vacío que rodeaba la nave. Crius tuvo la sensación sobrecogedora de que aquel lugar había estado esperando que lo encontrara.

Lo habían encontrado por accidente. Corriendo por los corredores vacíos de la *Tetis*, habían sentido los temblores de la batalla pero no habían dado con Athanatos. Y de repente las puertas estaban allí, cerniéndose sobre ellos.
—Un almacén de armas —dijo Boreas.

Crius negó con la cabeza aunque no dijo nada al acercarse a las puertas. Unas ondas recorrieron la superficie del charco en la entrada cuando lo pisó. La cámara al otro lado *fue* una vez un almacén de armas.
—Un almacén de armas no exuda esta condensación. Ni tampoco inunda una nave con este calor.

Despacio, alzó su mano de metal y la acercó, pero se detuvo antes de tocar la superficie de la puerta.

—Deberíamos seguir buscando —dijo Boreas.

Crius negó de nuevo. La lógica se desplegaba en su mente, más rápida y clara que en ningún momento desde que había dejado Terra. Las conclusiones danzaban a su alcance, esperando los datos que acotaran las posibilidades.

Y en el núcleo de sus pensamientos estaba la certeza de que todas las respuestas estaban al otro lado de aquellas puertas.

Finalmente posó la mano sobre el metal perlado de humedad. Sintió la conexión como un hormigueo caliente que recorriera sus nervios. Marcas como del diseño de un circuito se extendieron por la superficie de las puertas en líneas luminosas. Algo fuera de su vista sonó como si se desenganchara.

Crius se apartó. Una apertura apareció entre ambas hojas y se fue abriendo paulatinamente. Más allá sólo las sombras les devolvieron la mirada.

—El enemigo ha abierto fuego —informó el oficial de comunicaciones.

Las alarmas gemían. Phidias esperaba, contando los fragmentos de tiempo, mirando las naves enemigas en la proyección. No navegaban directas hacia la *Tetis*, por

supuesto: los Hijos de Horus sabían demasiado bien hacer la guerra como para eso. Dos de las cuatro naves —la *Golpe de lanza* y la *Lobo de Cthonia*— aceleraban a su encuentro, pero la *Estrella del amanecer* y la *Hija de la muerte* trazaban un amplio arco para encerrarla en una pinza de fuego cruzado. Buscaban someter a la *Tetis* con torpedos y acercarse lo suficiente como para abordarla. Phidias estaba seguro de ello. Los Hijos de Horus seguían siendo lobos en su interior, por mucho que el tiempo y la traición los hubiera cambiado. En aquel mismo momento se comportaban como lobos, acosando a su presa como una manada antes de lanzar el golpe mortal.
Los proyectiles de los macrocañones alcanzaron los escudos de vacío de la *Tetis*: primero uno, después otro y después un aluvión. Phidias vio cómo despellejaban sus barreras, vastos arcoíris líquidos que reverberaban en su visión periférica. Un globo de plasma de cien metros de diámetro golpeó la proa de la nave, que se estremeció a la vez que perdió una sección de su blindaje. Phidias continuó con la mirada fija en el corazón del proyector hololítico, en las marcas enemigas. La nave entera se estremecía al estrellarse con el muro de fuego enemigo.
Notó como los protocolos de despertar comenzaban a absorber energía de los sistemas auxiliares. Los reactores enviaron aullantes advertencias del descenso de suministro de sus fuentes de alimentación. Incluso si quedara suficiente tripulación como para atender la artillería, no habrían tenido energía suficiente para disparar sus armas.

—Preparados para el lanzamiento —dijo.

Las puertas se cerraron tras ellos con un siseo. Crus permaneció quieto en la oscuridad mientras los mecanismos de sus ojos cliqueaban y zumbaban en busca de cualquier ápice de luz. El frío comenzó a morder la piel expuesta de su cara.

Temperatura por debajo del umbral de soporte vital, registró. *No es una amenaza inmediata.*
El sonido del acero cortó el silencio cuando Boreas desenvainó su espada.

Los ojos de Crius cambaron a visión termal. Frío. Azul y negro. Completo y totalmente frío.

Los datos se escurrieron sobre sus ojos artificiales. Los ignoró para concentrarse en reconocer alguna forma entre los borrones de azul en la oscuridad.

—Proyección de luz —susurró, y sus ojos se iluminaron como focos.

Las máquinas llenaban el espacio frente a él hasta perderse en la oscuridad, cubriendo el espacio que en su momento ocuparon Stormbirds y batallones de tanques. Pilas de cilindros y cajas como losas surgían entre un laberinto de tuberías, y un pequeño estrado de hierro bruñido presidía el poco espacio libre que quedaba frente a las puertas.

Un cetro de metal batido y pulido flotaba medio dedo por encima del estrado. El cetro y el estrado eran lo único que parecía libre de la escarcha que cubría las superficies del resto de la cámara.

—Control artificial de temperatura —murmuró, trazando arcos a un lado y otro con las luces que proyectaban sus ojos—. Esta cámara ha sido adaptada, toda esta maquinaria no estaba aquí cuando se creó. Ésta es la causa de la temperatura en el resto de la nave: el calor extraído de aquí tiene que disiparse en alguna parte.

—Secretos —gruñó Boreas, y una niebla blanca escapó entre sus dientes apretados.

Crius inspiró prestando atención por vez primera al sabor del aire estancado: trazas de lubricante industrial y antiséptico llenaron sus receptores olfativos. Los engranajes de enfoque de sus ojos zumbaron sin que fuera consciente mientras sus procesos lógicos lo acercaban a ciertas conclusiones. Se adentró más en la cámara, escuchando como las articulaciones de sus miembros artificiales y de su servoarmadura chirriaban en aquel frío. Con cuidado, pasó al lado del estrado.

La máquina más cercana pareció cernirse sobre él, brillante en su piel de hielo. Estaba ligeramente apartada de las demás, como un general a la cabeza de su ejército. Gruesos coágulos de fluidos congelados cubrían los puntos en los que los tubos y tuberías se conectaban con la parte superior y los lados de la máquina. Crius alzó la mano, extendió sus dedos metálicos y tocó su superficie. El metal repiqueteó sobre el metal. Los sensores táctiles enviaron información a su mente: una estructura de adamantio con trazas de plata y otros elementos desconocidos. Un profundo latido pareció transmitirse a sus dedos. Movió la mano, desplazando los dedos sobre el metal hasta apartar la escarcha que cubría un panel de vidrio.

Se detuvo, y después dio un paso atrás.

Podía ver algo a través de la pequeña ventana que había abierto en el hielo.

—¿Qué es eso? —la voz de Boreas surgió y se desvaneció en la oscuridad.

Los cálculos se desarrollaban en la mente de Crius, siguiendo caminos de inferencias y posibilidades, formando conclusiones.

—Es una tumba —dijo, su voz un seco susurro.

Lentamente alzó de nuevo la mano y limpió el resto de la escarcha del vidrio. Sus ojos derramaron luz al espacio más allá de él.

Una calavera de hierro le devolvía la mirada.

La mente de Crius quedó paralizada. Los datos aún caían en cascada sobre sus ojos pero ya no era capaz de prestarles ninguna atención. Un zumbido resonaba en sus oídos.

La forma congelada de Athanatos lo miraba desde aquella crisálida de hielo.

¿Tenéis la esperanza de hacer otra cosa que no sea morir? Le pareció oír su propia pregunta resonando en su mente, y a Athanatos respondiendo desde los pozos de la memoria.
Ésta no es una guerra de esperanza, hermano. Es una guerra de venganza y exterminio.
Y con ese recuerdo vino la inevitable inferencia de los datos acumulados.

Resurrección cibernética, susurró la lógica en su mente. *Athanatos está muerto. Todos están muertos. Regresaron de su sueño para recibirnos cuando llegamos y volvieron a su abrazo. Han girado las Llaves de Hel.*
—No —la palabra sonó demasiado débil en sus labios—. No, está prohibido. Nuestro padre nos prohibió abrir esas puertas.

Ferrus Manus está muerto.
Crius no podía moverse. Sus pensamientos eran un naufragio, sus ojos miraron los féretros que se prolongaban en la distancia bajo sus mortajas de escarcha. Había cientos de ellos.

La cubierta tembló bajo sus pies. Un pedazo de hielo quebrado cayó desde el alto techo. La *Tetis* estaba en medio de la esfera de batalla.
La muerte es lo único que hay ahora.

La cubierta volvió a sacudirse. Unas luces azules se encendieron a lo largo de la cámara, y un crujido seco resonó cuando el hielo del féretro se partió. De las rejillas y las tuberías se proyectaron gases. Crius siguió mirando, sus ojos aún encendidos. Boreas activó su espada.

Con el siguiente crujido que sonó Athanatos salió de su ataúd. El metal de la cubierta resonó bajo sus pisadas, con pistones en lugar de músculos. Sus armas se desprendieron de las capas de hielo cuando se armaron. Se detuvo, sus articulaciones respirando vapor, sus servos cliqueando.

Entonces miró a Crius, con aquellos ojos de llamas azules.

—Ahora ya ves, Crius —dijo la voz de Athanatos que crujía como cuando se parte el hierro congelado.

Extendió su desactivado puño de energía para alcanzar el cetro del estrado. Crius pudo ver las runas medusinas grabadas en cada uno de sus cilindros, cada una proyectando ahora su propio fulgor fantasmal. Casi podía saborear las energías exóticas vinculadas a su núcleo.

—Ahora ya comprendes.

Phidias podía sentir cómo su carne se estremecía en simpatía con la nave cada vez que los cables de la interfaz le transmitían el dolor de la *Tetis*. Tenía sangre en la boca y más sangre coagulándose en el interior de su armadura.
—Debilidad —se dijo entre dientes y se forzó a concentrarse.

La *Golpe de lanza* y la *Lobo de Cthonia* habían pasado disparando junto a la *Tetis* y ahora estaban virando bruscamente, sin cesar el fuego. Los turboláseres alcanzaron su popa, abriendo profundos cortes en sus entrañas. La *Estrella del amanecer* y la *Hija de la muerte* se acercaban, sus baterías frontales y dorsales golpeando los flancos de la *Tetis*. Phidias tuvo la impresión de que la carne de su cuerpo alrededor de los enchufes de los implantes se estaba cociendo.
Todo pasaba como debía pasar, y a la vez pasaba de forma totalmente errónea.

Las naves de asalto estaban preparadas, los torpedos de abordaje dispuestos en los tubos de lanzamiento, pero los muertos despertados aún no los habían llenado. En

esos momentos debería estar ya asaltando las cubiertas de las naves de la XVI Legión. Pero se habían retrasado, o el proceso de reanimación había fallado. Athanatos debería haber invocado a los demás de su profundo sueño.

Phidias intentó contactar con él, pero por respuesta sólo obtuvo estática. Necesitaba lanzarlos, necesitaba que golpearan a las naves atacantes *ya*. No tenía armas: toda la energía la había redirigido a los sistemas que mantenían el sueño de los muertos y a los motores para enviar la *Tetis* al combate.
Notó cómo se le nublaba la visión. Luchó contra una pegajosa oleada de bruma mental. Necesitaban tiempo. Con que lograran sobrevivir un poco más…

—Ascendamos por encima de ellos —ordenó.

Junto al esfuerzo de los motores comenzaron a llegarle cúmulos de informes. Si lograban trazar un arco por encima del plano de ataque, después podrían dejarse caer en medio de la tormenta de fuego cuando el despertar se hubiera completado. Al menos tendrían ese momento de venganza. Su mente comenzó a recalcular. Todavía podían hacerlo. Podían…

Una descarga sincronizada de la *Estrella del amanecer* y de la *Hija de la muerte* golpeó la espina central de la *Tetis*. La onda de choque recorrió toda su superestructura. Las cúpulas del casco exterior saltaron en pedazos. Torretas de cientos de metros de altura se desprendieron y flotaron por el vacío como astillas de una lanza rota.
Phidias clavó los dedos en los brazos del trono, negándose a caer. Podía saborear algo quemado, algo en el interior de su cuerpo había reventado y se cocinaba en el calor de los conectores mecánicos. Sus ojos se centraron en la esfera de combate que se desplegaba en el proyector hololítico, concretamente en la pulsátil marca verde de la *Juramento*, oculta todavía en la sombra del planetoide, aparentemente olvidada por todos.
Necesitaban tiempo, sin importar el precio, o sus muertes no servirían de nada.

Con un gruñido de esfuerzo, abrió un canal de comunicación de larga distancia.

—Ayudadnos —dijo con una voz seca a través de unos labios ensangrentados.

Por un segundo nada cambió. Después la *Juramento* comenzó a moverse. Las lecturas de sus reactores indicaban que avanzaba, acercándose al perímetro de la esfera de batalla. Aceleró, sus motores ardiendo como soles capturados.

Phidias vio todo aquello, y aun así supo que no sería suficiente. Sus enemigos seguían fuera del alcance de las armas de la*Juramento*. En el mismo momento en que pensó aquello la *Golpe de lanza* viró, su inercia haciendo que se desplazara lateralmente en el espacio mientras fijaba sus cañones en la *Tetis*. Sus lanzas hicieron arder el metal del casco trasero. El metal derretido brotó como lágrimas de los impactos, y las placas de blindaje comenzaron a brillar mientras el fuego las devoraba cada vez más profundamente.

—¿Qué habéis hecho? —la voz de Crius resonó claramente en el aire helado, por encima incluso del fragor de la batalla.

Athanatos no contestó; en lugar de eso se giró y se quedó mirando las filas de féretros cubiertos de hielo. Entonces Crius lo sintió: un temblor en el aire, como un aliento cargado de estática. Abrió la boca para decir algo, pero Athanatos se adelantó y habló primero, con la masa de su cuerpo envuelta en los ruidos de pistones y engranajes.

—La lógica falla al final. ¿Te has dado cuenta de ello? El flujo puro de datos y razonamientos: después de un tiempo simplemente se seca. Sigues intentando comprender, reconciliarte con la realidad de lo que ha ocurrido; pero no hay nada que entender, no hay reconciliación que alcanzar.

—Habéis…

—La vía del hierro, la lógica de la máquina: se suponía que debían hacernos fuertes, elevarnos por encima de la carne —Athanatos hizo una pausa, y cuando volvió a hablar había rabia en su voz eléctrica y muerta—. Pero era mentira. El hierro se puede quebrar, la lógica puede ser errónea y los ideales pueden caer.

—¿Qué eres? —preguntó Boreas.

Crius dirigió su mirada al templario: no se había movido, pero en su quietud delataba una inmensa furia contenida. Lentamente Athanatos también le dirigió su mirada.

—Soy un muerto de Isstvan. Un portador de la palabra me arrancó la mitad del cráneo con una garra de energía. Caí, como tantos de los nuestros. Phidias me

recogió del campo de batalla, a mí y a todos los que pudo. Nuestra carne había fallado, nuestra semilla genética se había podrido en nuestros cadáveres, pero quedaba suficiente de nosotros —Athanatos alzó el cetro y contempló las runas que cruzaban su superficie—. Él conoce los secretos de los protocolos aegisinos y de la fórmula scarcosana, y de los dispositivos y procesos de la Vieja Noche que nuestro padre dejó fuera de nuestro alcance. Phidias me rehízo y me dio una segunda vida, una vida de hielo y hierro. Por un tiempo no pude recordar quién era, pero al final algo del pasado volvió a mí. Eso es raro. La mayor parte de los despertados recuerdan poco —Athanatos volvió a mirar los ataúdes que se alineaban en la cámara—. Pero todos recuerdan lo que es odiar.

—El primarca prohibió lo que sois —gruñó Crius—. Ferrus Manus…

—…cayó —respondió Athanatos suavemente—. Yo lo vi, hermano. Vi a nuestro padre morir.

Crius notó el frío que lo inundaba. Su mente había dejado de funcionar correctamente. No podía razonar: sólo podía sentir el hielo que formaba astillas sobre su carne y sus prótesis.

Ferrus Manus cayó.
Falló.
Una profunda negrura se extendió por sus pensamientos, cubriéndolos y creciendo como una nube tormentosa, hirviendo de ira.

Nos abandonó. ¿Qué queda de su autoridad ahora?
Athanatos lo miraba, asintiendo. Sus ojos eran soles azules en su calavera de hierro.

—Sí. Ahora ya ves. Eso es lo que nuestro padre nos dejó. No la lógica, no la razón, sino el odio. Esa es la lección de su muerte. Esta guerra será la última, luchada por venganza en lugar de por la razón. No queda nada más. Ni las órdenes ni los juramentos significan nada ya. Sabes que es verdad, Crius. No puedes negarlo.

—¡Yo digo que es traición! —rugió Boreas.

Crius vio un borrón de rayos y metal forjado cuando la espada del templario trazó un arco. La hoja golpeó la mano de Athanatos clavándose profundamente, arrancando sangre y aceite. El cetro cayó sobre la cubierta. Boreas trazó otro corte, girando la espada para cortar la pierna del legionario de los Manos de Hierro.

Athanatos cayó, y Boreas alzó la espada sobre su cabeza para descargar el golpe final. Crius se abalanzó sobre él sin pensar, cerrando sus manos sobre los antebrazos del puño imperial. El templario no se detuvo ni por un momento, sino que giró sobre sí mismo con la velocidad de un latigazo. La fuerza del tirón arrancó a Crius del suelo y lo lanzó por los aires. Golpeó contra el suelo; rápidamente rodó sobre sí mismo y empezó a incorporarse, pero se encontró con un pie blindado descendiendo sobre su pecho.

—¡Hereje! —escupió Boreas.

Crius escuchó aquella palabra, notó como lo cortaba por dentro a la vez que la bota de Boreas aplastaba su coraza. La onda del golpe resonó por todo su cuerpo, pero mientras vio cómo Athanatos intentaba hacerse con el cetro.

Boreas se dio la vuelta, su espada dejando tras de sí una estela de relámpagos.

—¡No! —gritó Crius.

Logró levantarse y arrojarse sobre Boreas. Lo embistió con el hombro y cayeron juntos. Crius notó cómo el campo de energía de la hoja del templario abrasaba el barniz lacado de su servoarmadura. Golpearon la cubierta con el sonido de algo que se parte. Boreas inmediatamente comenzó a girar bajo su cuerpo, todavía aferrando su espada.

La cubierta temblaba. Toda la cámara temblaba.

Boreas lanzó un puñetazo con su mano libre que alcanzó la cara de Crius como un mazazo, destrozando la cuenca de metal de su ojo izquierdo, cegándolo momentáneamente. El templario se libró de él, rodó por la cubierta y se puso en pie sin que su espada se hubiese desactivado ni un segundo.

Caeré aquí, pensó Crius. *Como nuestro padre, caeré bajo la hoja de un amigo perdido*. Miró a los fríos e inclementes ojos de Boreas, e inesperadamente sintió un alivio recorrer su cuerpo. En su mente, los engranajes rotos de la lógica permanecían en silencio.
La espada de Boreas crepitó con el hambre de ejecución. Se alzó por encima de Crius, brillando como la fracción de una tormenta, y cayó sobre él.

Athanatos surgió de la neblina con un rugido de pistones, golpeando contra el costado izquierdo de Boreas. El impacto hizo dar una vuelta al templario.

Crius sintió cómo el frío se extendía por su interior, como si el hielo que se derretía en la cámara estuviese refugiándose dentro de su cuerpo. El tiempo pareció convertirse en un lento goteo, en un latido que prolongara su desvanecimiento. Vio cómo Athanatos afianzaba los pies para ejecutar un segundo ataque, y se dio cuenta de que, muerto o no, su hermano no sobreviviría.

Athanatos era tan rápido como sólo puede serlo un marine espacial, pero Boreas lo era más.

El puño imperial convirtió su desequilibrio anterior en un giro con el que imprimir velocidad a un golpe: el filo de su espada cortó a través de los cables y pistones bajo el brazo de su oponente. Crius vio un líquido negro crepitar en la luz azul. Athanatos comenzó a moverse para aferrar el arma, pero Boreas ya había sacado su espada y volvía a recobrar su guardia.

Crius se puso en pie. El dolor se arrastraba en sus músculos. La sangre caía de él. El frío devoraba su pecho. Avanzó un paso, aferrando el martillo que llevaba a la espalda.

Boreas lanzó una veloz estocada. La punta de su espada alcanzó la servoarmadura debilitada bajo el brazo de Athanatos.

Crius notó cómo el mazo de activaba en sus manos. La oscuridad nublaba su visión.

Boreas liberó la hoja de su espada a atravesando completamente el pecho de Athanatos.

Crius rugió.

Boreas se giró, y sus ojos se cruzaron.

El golpe del martillo de Crius despedazó la placa pectoral de Boreas y lo levantó del suelo. El templario golpeó la cubierta, y no se levantó.

Tambaleándose en medio del zumbido de servos maltratados, Crius miró a Athanatos. El otro legionario estaba tirado en el suelo, su torso abierto, mostrando los componente de metal que repiqueteaban entre la carne quemada por el frío de su pecho. La sangre y el combustible formaban un oscuro espejo a su alrededor. Crius escuchó los mecanismos de sus propios ojos que intentaban enfocar la

imagen. La cubierta tembló, y súbitamente aquel frío entumecedor de su interior se extendió a todo cuanto lo rodeaba. Bajó la vista y vio el oscuro fluido que le cubría el torso y las piernas, salpicando a cada latido desde una amplia herida entre sus costillas.

La cubierta pareció alzarse, pero en realidad fue él quien cayó de rodillas. Se encontró con la miraba moribunda de Athanatos. No había pesar ni pena en aquellos ojos.

—Los muertos deben caminar —dijo Athanatos con aquella voz ahogada cargada de estática—. Por venganza. Nosotros recordamos. Los muertos recordamos…

Su voz y su aliento se difuminaron en un zumbido eléctrico. Sus ojos se fueron apagando lentamente hasta arrojar un último destello de desafío desde sus profundidades. Luego se quedaron vacíos.

Crius giró la cabeza despacio. Su visión no era más que una bruma de bloques pixelados. Podía notar el vacío en su interior, el vacío que había estado allí desde que escuchó que su padre había muerto. Se hacía más grande a cada instante, abriéndose para recibirlo.

El dolor y el entumecimiento competían en cada lento movimiento. El cetro permanecía sobre la cubierta donde había caído de las mano de Athanatos, su sangre manchando las runas luminosas. Crius alcanzó el dispositivo, lo agarró y lo levantó. Sentía como si estuviese aferrando un relámpago.

Ferrus Manus está muerto.
Sus ojos ya no podían enfocar, pero sus dedos recorrieron la runas grbadas a lo largo del cetro.

Y nosotros también lo estamos.
Giró cada cilindro, cada anillo.

Somos espectros que vagan por una tierra muerta.
Sus dedos encontraron el botón de activación.

Y lo único que nos queda es la venganza.
Tras él otro de los féretros se abrió con un crujido de hielo partido; después otro, y otro. Figura desastrada tras figura desastrada, aquellas sombras fueron poniendo los pies sobre la cubierta. Crius notó la pulsación del cetro antes de que se

escurriera de entre sus dedos. La oscuridad corrió a arroparlo. Era cálida y sabía a hierro, como el metal sacado de un fuego, como carne y sangre.

La última cosa que vio, antes de que la noche se cerrara sobre él, fue a sus hermanos muertos marchar a la guerra, con el hielo cayendo a su paso.

La *Tetis* dio una vuelta, sus motores forzándose por clavarse en el vacío y recuperar cierto control. Muy cerca, tras ella, las naves enemigas se cernían sobre su presa. Las oscuras bocas de los hangares se abrían a lo largo de sus cascos, pero mientras sus hermanas alcanzaban la distancia de abordaje, la *Estrella del amanecer* y la *Hija de la muerte* seguían disparando. Los proyectiles de los macrocañones martilleaban sobre el casco externo, y el plasma abría las heridas que dejaban, preparando el acceso para los guerreros que esperaban en las cápsulas de desembarco Dreadclaw y en las naves de asalto. Estaban muy cerca ahora, todo aquel enfrentamiento comprimido en una esfera de batalla de no más de mil kilómetros de diámetro. Para los Hijos de Horus, la muerte de la *Tetis* era inevitable, pero en el momento en que iban a dar la orden de abordar la nave herida, la situación cambió.
La *Juramento* apareció como una puñal arrojadizo. Una hoja de luz partió de la nave de los Puños Imperiales y alcanzó de pleno a la *Estrella del amanecer*. Sus escudos de vacío se colapsaron, explotando como burbujas de agua oleaginosa. La *Juramento*disparó de nuevo, acelerando simultáneamente. Los distribuidores de plasma en el interior del casco de la nave enemiga estallaron, inundando compartimentos con la energía de un sol. En sus salas de máquinas, miles de gargantas gritaron mientras su carne ardía.
La *Estrella del amanecer* se estremeció. Sangrando fuego en la oscuridad, viro para responder con sus armas.
Medio drenada de energía, a la *Juramento* le quedaba un arma por disparar. En la alta torre de su puente, el capitán Casterra asintió hacia el servidor rodeado de cables que aguardaba su orden.
—Lancen los torpedos.

Los misiles se deslizaron por el vacío, su propulsores activándose en el momento en que entraron en el frío espacio, alejándolos de la *Juramento*. Cada uno del tamaño de una espiral de habitáculos, aquellas cabezas explosivas eran un regalo del sacerdocio del Mechanicum de Marte al propio Rogal Dorn.

La *Estrella del amanecer* arrojó a su alrededor una muralla de cargas con las que interceptarlos. Torpedo tras torpedo explotaron antes de alcanzar su objetivo. Hasta que uno logró atravesar aquella contramedida y se incrustó en el flanco de la nave, hundiéndose profundamente en sus entrañas.

La nave continuó virando, rodeaba de la neblina de metal flotante y el parpadeo residual de los escudos caídos. Entonces el vórtice de la cabeza explosiva detonó en una espiral de luz de neón y rugiente oscuridad. La *Estrella del amanecer* prácticamente se desintegró, su casco fragmentándose bajo las fuerzas antinaturales liberadas en su interior. En el espacio que había ocupado momento antes quedaba una herida refulgente, aullando con un sonido imposible antes de colapsarse en la nada.

Las restantes naves de la XVI Legión vacilaron. La *Golpe de lanza* se apartó del curso de ataque sobre la *Tetis* y viró para encarar la nueva amenaza. Las otras dos redujeron su velocidad, derivando energía a sus escudos y armamento.

Aquel respiro fue suficiente. La *Tetis* avanzó dejando atrás a sus atacantes, virando sobre ellas en un bucle ardiente, y se sumergió de nuevo en el vacío teñido de infierno entre sus enemigos.

Desde su trono de mando, Phidias vio las naves enemigas ascender a su encuentro. La *Lobo de Cthonia* y la *Hija de la muerte* giraron en un intento por apuntarla con sus baterías. La *Tetis* se hundió entre ellas mientras esquirlas de blindaje del tamaño de titanes se desgarraban de sus flancos y dejaba tras de sí una estela de gas ardiente y fuego líquido. El enemigo abrió fuego, salpicando la *Tetis* de explosiones.

Al filo del enfrentamiento, la *Juramento* viró mientras la *Golpe de lanza* se aproximaba. La nave de los Puños Imperiales se alineó con su enemiga. Ambas abrieron fuego, sus proas reflejando el brillo de la explosión de sus escudos de vacío. Entonces fue cuando pasaron una junto a la otra, descargándose andanada tras andanada. El vientre de la *Golpe de lanza* se abrió bajo los impactos de los proyectiles de macrocañones, arrojando al vacío grúas de puente y antenas de sensores. La *Juramento* recibió el fuego de respuesta sobre su casco desprotegido. Una llamarada de plasma penetró en uno de sus cañones haciendo detonar el proyectil en su interior, e inmediatamente una serie de explosiones se propagó por todo el flanco de la nave.

Comenzó a vagar a la deriva en una espiral, sus motores aún impulsándola incluso mientras los fuegos de las cubiertas la devoraban desde dentro.

En el puente de la *Tetis*, Phidias oyó las últimas señales emitidas por la *Juramento* en silencio. A su alrededor los servidores y la tripulación seguían concentrados en sus tareas, murmurando en medusino y en impasible canto binario. En el interior de su mente veía claramente los datos que le enviaba la nave. Las marcas de daños eran una borrasca de un rojo profundo. Los indicadores de los motores parpadeaban insistentemente.
Sabía lo que todo aquello significaba. Casi podía sentirlo en su propio cuerpo. Estaban al borde de la muerte, por dentro y por fuera. Pero ya no importaba.

Podía oírlas, las voces de los muertos que se alzaban: algunas monótonos sonidos emitidos por la carne, otras murmuradas en código máquina. Los muertos marchaban a la guerra, y eso era todo lo que importaba. Cientos de ellos derramándose desde el helado corazón de la *Tetis* para llenar las desvencijadas naves de asalto y los torpedos de abordaje.
Phidias esperó, notando cómo lo bañaba el oleaje de los gritos de su nave y los susurros de sus hermanos.

La *Tetis* cortó el espacio entre la *Lobo de Cthonia* y la *Hija de la muerte*. Ambas naves liberaron nuevas descargas de energía. La *Tetis* se estremeció, y los gritos binarios llenaron el aire en medio del hedor del metal abrasado.
En el amasijo de cables de su trono, Phidias notó los sistemas de la nave pulsar con rabia. Dejó que aquel sentimiento lo inundase también, desconectando el resto de sensaciones. Las naves enemigas estaban tan cerca que si hubiesen disparado de nuevo se habrían alcanzado la una a la otra.

—Lanzamiento —dijo.

La nave respondió. Sus motores se apagaron. Sus retropropulsores se encendieron, luchando contra su inercia. Las compuertas que daban al vacío se abrieron a lo largo de sus flancos y su vientre, liberando un enjambre de naves al espacio que se precipitaron sobre los cascos de sus enemigos. Las explosiones de plasma hicieron hervir mamparos, las cargas de vórtices de gravedad trituraron placas de blindaje, y las naves de asalto se congregaron sobre las brechas como moscas sobre una herida sangrante.

Los primeros manos de hierro muertos se encontraron con los hijos de Horus en las cubiertas de artillería de la *Lobo de Cthonia*. Los cadáveres de la tripulación cubrían el suelo junto a las líneas de munición, ahogados y machacados por la descompresión provocada por las explosiones. Unas llamaradas oleosas temblaban en las bolsas restantes de atmósfera. Los manos de hierro avanzaron, con sus armas escupiendo muerte. La cubierta temblaba bajo sus pesados pasos.

Las compuertas de seguridad al otro lado de la cubierta se abrieron y trajeron consigo el olor del humo. Los hijos de Horus entraron en apretadas cuñas, con pesados escudos de infantería formando una sólida pared. Disparaban según cargaban, los proyectiles de bólter cortaban el aire, impactaban en servoarmaduras y detonaban. El primer legionario de los Manos de Hierro cayó, su cuerpo reforjado despedazado por múltiples explosiones. Entonces su hermanos respondieron al unísono: rayos volkitas y de plasma iluminaron la oscuridad con un brillo de neón. Las figuras blindadas desaparecieron bajo las llamas de falsos soles. Los escudos golpearon contra servoarmaduras, saltaron chispas donde se encontraron dientes de sierra y ceramita. Los manos de hierro recurrieron a hojas, martillos y disparos de energía a quemarropa. Los muertos murieron de nuevo en silencio, los sonidos de sus finales robados en aquel vacío sin atmósfera.

Pero los muertos no dejaban de manar de la *Tetis*.

Para cuando los manos de hierro se hicieron con el control de las cubierta de artillería ya habían establecido una docena más de cabezas de puente a lo largo de la *Lobo de Cthonia*. Los hijos de Horus empezaron a mermar, retrocediendo en círculos cada vez más pequeños.

En el vacío, tanto la *Hija de la muerte* como la *Lobo de Cthonia* se deslizaban por el vacío siguiendo sus últimas trayectorias. Dentro de la primera los manos de hierro alcanzaron la ciudadela de mando, docenas de ellos irrumpiendo en las torres y bastiones que rodeaban la cúpula del puente. Los hijos de Horus contuvieron el avance de los manos de hierro con murallas de fuego de supresión antes de lanzar un contraataque. Los Exterminadores vadearon un pantano de casquillos vacíos y cuerpos apilados, con las llamaradas de las bocas de las armas y de los campos de energía reflejándose en sus servoarmaduras de verde mar. Por un momento pareció que los guerreros de la *Hija de la muerte* devolverían a los muertos al vacío.

El azar acabó con aquella posibilidad.

Moribunda y con los manos de hierro recorriendo su interior, virando para acometer de nuevo contra la *Tetis*, la *Lobo de Cthonia*disparó sus torpedos. Quizá fue un error, quizá pánico o quizá el mal funcionamiento de los sistemas de una nave que estaba siendo desgarrada desde dentro. Disparó a ciegas, y los torpedos se repartieron por entre las naves que bailaban en círculos en el vacío. Uno impactó sobre el casco superior de la *Tetis* y derramó un manto de llamas sobre sus torres arruinadas. El resto alcanzó a la *Hija de la muerte* en sus motores e hicieron estallar el depósito principal de plasma.
La explosión prácticamente la partió en dos. Empezó a trazar círculos en el vacío, fuera de control. Los manos de hierro siguieron luchando incluso mientras la nave a su alrededor se desintegraba.

En la *Lobo de Cthonia* los manos de hierro alcanzaron al final las cubiertas de los reactores y extinguieron el ardiente corazón de la nave de guerra, convirtiéndola en un lugar oscuro y silencioso. Enfrentada a la muerte de sus hermanas, la *Golpe de lanza* huyó hasta los límites del sistema y se sumergió en la disformidad. Privada de la aniquilación total de sus enemigos, la *Tetis* permaneció quieta junto a las naves destruidas como un depredador que se dispusiera a alimentarse de sus víctimas.
Con su misión cumplida, los muertos que aún caminaban regresaron a la *Tetis* y al abrazo del frío olvido.

La voz llegó a Crius a través de sueños de hielo.

—Despierta.

Primero vino el dolor, como siempre. Empezó en su pecho y se extendió por los restos de su carne, quemando como ácido. Después el hierro despertó.

Y luego, más dolor, apuñalándolo por dentro, estridente y afilado. Por un momento interminable pudo sentir cada pistón, servo y fibra de su cuerpo pero no fue capaz de moverlos. Estaba atrapado una vez más, apresado por el peso muerto del metal al que estaba vinculado. La sangre comenzó a palpitar a través de su carne y la energía fluyó por sus miembros, latiendo como un tambor lejano. Los sonidos inundaron sus oídos: el repiqueteo de la maquinaria, el roce de herramientas, el murmullo de los servidores dedicados a sus tareas.

Y luego, más dolor, y esta vez no se disipó. Los impulsos de golpear, de gritar, de librarse del hierro surgieron en él y necesitó de toda la fuerza de voluntad que le quedaba para no enloquecer. Entonces el momento pasó.

Su cuerpo volvió a ser suyo de nuevo. La visión volvió, primero una nube de ruido blanco cayendo en la oscuridad como nieve. Después formas, después colores, y después una cara que reconoció.

—Es la hora —dijo Phidias.

Crius asintió. Un relámpago de dolor le recorrió la espina dorsal.

Ferrus Manus está muerto.
Como siempre, la verdad se alzó en su mente tan clara y tan cruda como la primera vez que oyó aquellas palabras. Primero vacío, después la aniquiladora negrura del pesar, después la ira más roja que la sangre, y al final el odio. Frío, ilimitado y tan oscuro como el hierro colado, el odio adquirió forma hasta convertirse en una necesidad, en un motor. El odio acabó con todas las demás emociones y pensamientos, desconectándolos de su mente al juzgarlos como sistemas redundantes. Sólo el odio quedó, bañado en la luz del dolor.

Dio la espalda a Phidias y miró al círculo de manos de hierro que permanecían en pie frente a él empuñando sus armas, sus ojos fríos cuando encontró su mirada. Volvió a mirar a Phidias.

—Estamos lo suficientemente cerca del Sistema Solar —dijo el comandante de la *Tetis*.
Crius no contestó. Comenzó a caminar, y sus hermanos lo siguieron en silencio.

Boreas alzó la vista hacia Crius. La piel sobe los duros huesos de su cara estaba más pálida y la carne era más delgada que cuando habían dejado Terra. El templario llevaba una túnica negra en lugar de su destrozada servoarmadura, y unas cadenas enlazaban unos gruesos grilletes en sus muñecas y tobillos con el collar de adamantio que rodeaba su cuello. Los eslabones de las cadenas repiquetearon cuando se enderezó. Sus heridas claramente le dolían, pero sanaría y viviría. Su cara no mostró emoción alguna, pero Crius percibió un reflejo de algo en lo profundo

de sus ojos. Su mente procesó las posibilidades de lo que podía significar: ¿ira, pena, resolución, reconocimiento? Las desestimó todas por irrelevantes.

El hangar estaba tan silencioso como cuando habían llegado meses atrás. Los cadáveres de las naves de desembarco y cañoneras saqueadas todavía llenaban aquella oscura caverna, y el aire caliente aún presionaba sobre ellos. La Storm Eagle dorada y negra de Boreas estaba lista para despegar, y sus luces creaban un claro de luz frente a la rampa de desembarco.

—Estamos en el borde de la luz —dijo Crius—. Enviaremos una señal cuando te hayamos dejado. Tus hermanos te encontrarán.

—Eres… como ellos —respondió Boreas, mirando al resto de los manos de hierro.

—Son mis hermanos.

—Esto no tiene sentido. Toda esperanza muere en el camino por el que ahora camináis.

—La esperanza se perdió hace mucho, Boreas —la voz de Crius era un ronquido profundo; en su pecho notó el latido de las máquinas que habían reemplazado a sus corazones—. Se perdió en el momento en que nuestro primarca cayó, en el momento en que nuestro padre se volvió mortal ante nuestros ojos. Esta guerra no acabará como piensas, Boreas, ni como desea tu señor —hizo una pausa y alzó las manos, haciendo sonar los eslabones que aún colgaban de sus muñecas—. Pero cumpliré mi promesa incluso aunque no regrese contigo. Si aceptas este vínculo, es tuyo. Cuando llegue el momento, podrás invocarnos.

Boreas sostuvo por un largo momento la mirada de Crius.

—¿Cómo?

—Ignarak. El silencio de las montañas que una vez ardieron, y que arderán de nuevo. Envía ese mensaje junto con una palabra. Si todavía sobrevivimos te oiremos, y responderemos.

Boreas no dijo nada. Sus rasgos estaban de nuevo cerrados y endurecidos, su expresión era ilegible. Crius dio un paso atrás, dispuesto a abandonar la cámara. Los dos manos de hierro que custodiaban a Boreas lo dejaron en la rampa de la

Storm Eagle, y Crius escuchó al servidor piloto murmurar algo a la nave en la lengua de las máquinas.

Desde lo alto de la rampa, Boreas giró la cabeza hacia Crius.

—¿Qué palabra? —Crius se detuvo y miró al templario—. En la llamada, ¿qué palabra te invocará?

El pesado aire caliente del hangar se removió cuando los motores de la Storm Eagle comenzaron a aumentar su potencia.

—Despierta —dijo Crius.

En la rampa, Boreas permaneció un momento rodeado por el viento artificial antes de darle la espalda.

FIN DEL RELATO